



Paz y Bien



II Domingo de Pascua.
Domingo de la Misericordia.
Jornada por la vida.

(3 - 4 - 2005)

“Jesucristo, nos hizo renacer, por su resurrección, a una esperanza viva” (I Pas. 1,3-9).

En el marco de este segundo domingo de Pascua, llamado: “Domingo de la Misericordia”, en el que Jesús ofrece sus llagas que han curado las nuestras, la Iglesia diocesana celebra la “Jornada por la Vida”.

Hermanos, viviendo plenamente en el tiempo gozoso de la Pascua que suscita y renueva en nosotros una esperanza viva, en el que la memoria de la resurrección de Cristo, nos recuerda que nuestra herencia es Él, herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera; así lo insinúa San Pedro en la segunda lectura (I. Ped. 1,3-9). Pero también, el apóstol nos recuerda que el cristianismo, no es un camino hacia el nirvana, ni es la búsqueda del “equilibrio y la armonía” para “sentirse bien”. La Pascua es fruto de la Cruz, de ella brota la salvación, por eso nuestra fe se pondrá a prueba, de muchas maneras, pero la menos peligrosa es la agresión evidente y abierta, y la más peligrosa es cuando el cristiano, infiltrado por una pseudo espiritualidad, procura, en lugar de identificarse con Cristo, “el éxito y la excelencia”, se mundaniza -en el sentido más profundo y grave de la palabra-, busca el aplauso del mundo, y aunque conserve una serie de frecuentes prácticas religiosas, ha dejado de ser cristiano porque ha perdido el sentido profundo del compromiso con la Verdad.

Esto es lo verdaderamente grave, perder el sentido del compromiso con la Verdad; la verdad sobre Cristo, la verdad sobre la Iglesia, la verdad sobre el hombre y su dignidad, hoy tan gravemente atacada y agredida en nuestra Patria.

Hoy descaradamente se nos proponen nuevos paradigmas éticos, frutos de una alianza de la democracia y el relativismo que constituyen el verdadero peligro para la dignidad de la persona humana, llevando a la sociedad a un totalitarismo visible o encubierto.

Juan Pablo II ha dicho, sobre lo que nos ocupa: “...es el riesgo de la alianza entre democracia y relativismo ético, que quita a la convivencia civil cualquier punto seguro de referencia moral, despojándola más radicalmente del reconocimiento de la verdad. En efecto, ***si no existe una verdad última*** -la cual guía y orienta la acción política- ***entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores, se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como lo demuestra la historia***”. (J. P. II, “Veritatis Splendor” n. 101 y “Centésimus Annus” n. 46).

Hermanos, la verdad sobre Cristo y sobre la Iglesia, están esencialmente unidas, no se puede atacar a la Iglesia sin atacar al mismo Cristo, ella es Su Iglesia.

Para ciertas ideologías imperantes, “afirmar que en la fe en Jesucristo y en la Iglesia hay una verdad vinculante,...es calificado de fundamentalismo”, (Ratzinger), que conduce al fanatismo y a la intolerancia.

El relativismo ético, tiene su gran manifestación en el “positivismo jurídico”, por el que la ley positiva, que se logra por consenso, deviene en norma suprema de moralidad, aunque no sólo atropelle sino que destruya aquellos principios morales, como por ejemplo, el no matarás.

Recordemos lo que la doctrina cristiana elemental nos enseña: “la ley injusta no es ley”, es decir, no existe como ley, no obliga en conciencia; es más, existe la obligación de desobedecerla.

El deber de oponernos a toda ley injusta, es parte del camino estrecho al que estamos llamados los cristianos, aunque se nos desacredite, calumnie o marginen.

Hermanos, nos enfrentamos a una lucha abierta entre la Verdad y la mentira.

Nos dice Juan Pablo II: “No tiene razón de ser esa mentalidad abandonista que lleva a considerar que las leyes contrarias al derecho a la vida -las leyes que legalizan el aborto, la eutanasia, la esterilización y la planificación de los nacimientos con métodos contrarios a la vida y a la dignidad del matrimonio- son inevitables y ya casi una necesidad social”. (Disc. a la Academia de la Vida, 14-II-2000).

Así, muchas veces la praxis en la democracia contemporánea, basada en el relativismo moral y el positivismo jurídico, crea la verdad que se ha de seguir a costo de cualquier sacrificio, olvidándose que el derecho de las personas, no los crea la sociedad, sino que simplemente los debe reconocer (Cof. G. et S. 5,26).

Así tenemos un proyecto político-social relativista y escéptico que no se apoya en los valores y la Verdad sino en los procedimientos.

Hermanos, vivimos una verdadera amenaza con la invasión -como decía el Card. Shuster- de un neo-paganismo que se manifiesta en el repudio público y radical de Cristo; del cristianismo; un programa cultural y político neo-pagano.

En este tiempo de planificada instalación de la confusión, debemos vivir de las certezas de nuestra fe, y hacernos una pregunta que emana de la celebración pascual: ¿Quién es Cristo para nosotros?

A - Hay una gran parte del mundo moderno que considera a Cristo, por usar la misma palabra del Evangelio, como el punto de mira de la contradicción. Cristo es el enemigo: ¿Por qué? Habrían de repetirse las patéticas y apremiantes preguntas del Viernes Santo, aquellas que la liturgia pone dramáticamente en los labios de Cristo moribundo, las llamadas “lamentaciones”: “Pueblo mío, ¿Qué te hice, en qué te he entristecido?, ¡respóndeme!”

Para algunos Cristo es el enemigo. Debe morir. Es preciso suprimir su recuerdo, su doctrina, su Iglesia, hay ciertos medios, hay cierta dirigencia que hace de este furor anti-cristiano su bandera.

B - Para otros, espíritus inseguros, que son muchos, Cristo sería una suerte de fantasma, son los que intentan una crítica racionalista, “científica”, para esto Cristo es una apariencia, un espantapájaros que hay que desenmascarar, es un mito, un sueño religioso, etc. Todo menos el Cristo vivo de la fe.

C - Para otros, los creyentes, nosotros, que no solo aceptamos al Cristo de la tradición católica con pacífica y dócil adhesión, sino que la descubrimos con gozo, la confesamos con entusiasmo, la proclamamos con fe, la seguimos con amor.

Hermanos, no nos dejemos confundir, Cristo es una inflexión en la historia de la humanidad, sin Él no estaríamos hablando de los derechos humanos, esto es fruto del cristianismo. “Cristo, ha dado al hombre conciencia de su dignidad, es el maestro de

vida, es para el mundo el verdadero manantial de la libertad, de la paz y del amor” (Pablo VI).

Por su misericordia, no dudamos en creer en Él, con toda la Iglesia que invadida de inmensa alegría proclama al mundo sin temor, sin vergüenza o respeto humano; ¡Cristo ha resucitado!.

Estamos convencidos, más allá de los tiempos difíciles y de las críticas, que Cristo es el consuelo, la paz y la fuente de renovación para nuestra sociedad.

Él es el Salvador y Redentor, nacido para nosotros, y por nosotros muerto y resucitado, Él es la Vida.

Unidos a Tomás, vencido por Jesús resucitado, decimos: “Señor mío y Dios mío” (Jn. 20,29).

Amén.

G. in D.

